

Para estos habia una mesa reservada, y los llamaban, no sin bastante propiedad, « los embrutecidos ».

En aquella mesa no se metía ruido, no se hacia mas que beber trago sobre trago, sin hablar, hasta que llegaban á caerse como un costal de paja. Para algunos no era ya un gusto el beber, sino un remedio.

En aquella mesa era en donde se sentaba en otro tiempo Luis Jacquemin, mas particularmente conocido bajo el nombre de Tuerce-Tripas.

Como esta mesa era la que estaba mas cerca de la ventanilla del mostrador, se tenia la condescendencia de dar vasos á los que los pedian y se servia en ella el aguardiente en frascos.

Siempre debe guardarse alguna consideracion á los parroquianos...

El asiento de Jacquemin, que habia estado desocupado durante algun tiempo, habia encontrado otro nuevo parroquiano, bebedor menos brillante que Tuerce-Tripas, que era un maestro en ese género, pero que prometía, con el tiempo, llegar á igualarle ó sobrepasarlo.

Todas las cosas necesitan su principio.

A este nuevo parroquiano no lo conocian sino bajo el nombre de « el Marqués ».

¿Marqués de dónde ó de qué? Eso poco importaba: le habian dado aquel nombre aristocrático á causa del lujo de su traje.

El lujo es una cosa relativa, porque en realidad el tal marqués mas parecía un antiguo maestro de escuela á quien le habia sucedido algun percance que otra cosa.

Iba vestido siempre con una levita raída, que aunque se conocía que habia sido muy acepillada, conservaba manchas frescas de lodo cogidas en el camino: un sombrero gracioso de copa alta de color de ala de mosca, antiparras azules, y una peluca negra muy lustrosa completaban su traje.

Entraba todas las noches en la taberna á eso de las once y media, se dirigía á su asiento acostumbrado sin hablar con nadie, vaciaba su botella en cinco tragos, en cuya ocupacion pasaba hasta las doce y media, pagaba en moneditas de diez sueldos — lujo desconocido en aquella casa — y se retiraba del mismo modo que habia venido, pero tambaleándose algo mas á la salida que á la entrada.

En suma, como á pesar de su irrisorio título de marqués que le habian dado, todo su traje no valia tres francos, nadie se habia metido con él.

Ademas, que como todos los parroquianos de la *Gota de oro* eran mas ó menos aficionados al melodrama, el misterio de aquel hombre de levita que venia á beber á aquella mesa, la ponzoña pimientada, les intrigaba mucho, y luego daba al establecimiento cierto aire aristocrático que les lisonjaba, de modo que casi estaban tan ufanos y vanagloriosos con su marqués, como con la escudilla de Lacenaire.

Las once no habian dado todavía, y por consiguiente no habia llegado aun el marqués, cuando Jacquemin, acompañado de Elena y de José, hizo su entrada en el café.

Fué recibido por una salva de aplausos.

— ¡Bravo! Tuerce-Tripas.

— ¿Adónde has estado?

— Ha hecho un viaje de recreo.

— ¿Por el camino de Melun?

— Tuerce-Tripas, te han cogido tu plaza.

— Estamos en invierno, y el que se va á Sevilla, pierde su silla.

— En todas partes hay buen jarabe, respondió Luis con seriedad cómica, ademas yo voy á sentarme con mi sociedad.

— ¡Oh, oh! con su sociedad.

— ¿De qué clase?

— ¿Por qué no has ido con ella al café inglés?

— O á Tortoni.

— O á un gabinete particular.

Mientras tanto, todas las miradas se fijaban en Elena y José.

— Arregla tus perifollos y jaléate un poco, la Chiffa, que te miran.

— ¡Peste! ¡Vaya que sabes arreglarte! Tuerce-Tripas, ¡es una hermosura número uno!

— Es una rentista de la plaza Maub, dijo Luis en confianza á uno de sus conocidos, está algo *locada* por mi amigo el Angumosin, pero tocada de firme... Este es un mocito que promete...

— Vamos, ¿es que no se echa un traguito? dijo José con aire presumido y fátuo.

Los tres desempeñaban sus papeles á las mil maravillas.

Al principio, Elena se habia desconcertado al verse en medio de aquella sociedad heteróclita, pues el papel que ahora representaba era el único de este género que no hubiese representado en el curso de la mision heroica que se habia impuesto.

José y Clemente habian sido los encargados de bajar, en su nombre, á las cenagosas profundidades de la sociedad.

Pero, semejante á aquellos médicos que con mano firme tocan sin titubear las úlceras mas repugnantes, ella podia considerar sin asco aquellas asquerosas miserias sociales.

Las palabras obscenas que se pronunciaban á su alrededor no llegaban á penetrar en sus oídos, y solo sentía en su corazón una inmensa tristeza y una inmensa lástima.

¡Ah! ¡pobres mujeres! porque allí habia tambien mujeres; sí, mujeres verdaderas, con todas sus coqueterías, con todos sus defectos, con todas sus cualidades.

Sondeando el interior de aquellos corazones gangrenados, se hubiesen encontrado en ellos las mismas miserias, los mismos deseos, los mismos amores, quizá tambien, que en los corazones de las mujeres de la clase mas elevada.

Jamás habia sentido ni conocido tan bien como ahora la grandeza ni la necesidad de su mision.

Mientras tanto, el mozo traía las tres escudillas de aguardiente.

En este instante se armó una grande algarabía á la entrada de la puerta, hacía la que se volvieron las miradas de todos los concurrentes, y se oyó una docena de voces que decian:

— ¡El marqués, el marqués!

XXI

¡SALTA, MARQUÉS!

El marqués (respétemos su incógnito y conservémosle el nombre que le habian dado los parroquianos de la *Gota de oro*) se encaminó como de costumbre hácia la mesa, sin dirigir ni una sola mirada á derecha ni á izquierda.

Estaba completamente ébrio, pero con aquella embriaguez calculada de las gentes que se embriagan deliberadamente con el fin de olvidar, y nunca olvidan.

Sus piernas oscilaban bajo el peso de su cuerpo, su frente pálida estaba cubierta de un sudor glacial, pero su cabeza se mantenía firme, despejada, y se acordaba.

Habia debido frecuentar bastantes tabernas antes de venir á apelar como recurso supremo á la *Gota de oro*, pero en ninguna parte habia encontrado aquella ponzoña tan activa que la llamaban allí « casca-pecho. »

Se dejó caer con todo su peso sobre el banco, quitó su sombrero, y poniendo el codo sobre la mesa, apoyó el rostro sobre su mano.

Sus antiparras azules y su peluca negra lo hacian casi desconocido, pero á pesar de su disfraz, Elena y José lo reconocieron en seguida.

El marqués no tuvo necesidad de pedir; ya sabian sus costumbres, y cuando alzó la vista, ya vió delante de sus ojos el frasco y la copa.

La llenó, hizo una mueca, y se la echó al coleteo de un trago, como se hace con una medicina.

— Bien, marqués, dijo una voz aprobativa.

El marqués no aparentó hacer gran caso de aquella aprobacion burlesca, y volvió á tomar su primera posicion, apoyando la barba en la palma de la mano.

Tenia la cara vuelta hácia el enrejado del mostrador, y no podia ver, de este modo, el grupo que formaban á su espalda Elena, José y Luis Jacquemin.

— Bueno, mi veterano, dijo otro gracioso; descansenos un poco y tomemos aliento, porque el beber sin sed echa á perder el estómago.

— Está digiriendo, dijo el sorbia de una jaula de fieras ambulante; hay animales que hacen así. El boa tarda tres horas para digerir un conejo vivo, y el viejo puede tardar muy bien cinco minutos en digerir un vaso de lo fuerte.

— No importa, deshonra el sitio.

— Tuerce-Tripas sabia beber mejor.

— De un solo trago se sorbia toda la botella.

En medio de todo este ruido, Chinela habia entrado sin que nadie se apercibiese de su venida, y habia ido á sentarse en el rincón mas oscuro de la sala, contra la puerta.

Tambien él estaba achispado, pero con una chispa de

mala especie, porque no hacia mas que murmurar entre sus dientes algunas palabras confusas y repetía sin cesar:

— El marqués es rico... rico... rico.

Este, con un movimiento como el de un autómeta, habia vuelto á coger el frasco, y llenaba su copa por la segunda vez.

— Ese animal es un verdadero reló, dijo el que la echaba de gracioso; señala la hora bebiendo.

— ¡Qué lástima que no se le pueda colgar de un clavo!

— Este es el segundo trago; pues de seguro que son ahora las doce menos cuarto.

Elena se estremeció, é inclinándose hácia Jacquemin, le dijo algunas palabras al oído.

— Eso será algo fuerte, respondió Luis tambien despacio; pero tomando la cosa como broma... En fin, ensayemos.

El marqués, despues de haber vaciado su segundo vaso del mismo modo que el primero, habia vuelto á colocarse en su posicion contemplativa.

Luis Jacquemin se levantó y se acercó á él por detrás.

— ¡Chiton, chiton! ¡que Tuerce-Tripas va á hacer alguna jugarreta al marqués!

— Veremos entonces de qué color son las palabras.

Luis, poniendo pesadamente su mano sobre el hombro del marqués, que se estremeció, pero sin volver el rostro, le dijo, fingiendo la embriaguez:

— ¡Eh! viejo, ¿se bebe de ese modo sin ofrecer un vaso á los amigos?

El marqués nada respondió.

— Eso sí que es bonito, cuando se coge el asiento á las gentes, continuó diciendo Luis, se les debe hacer algun obsequio, á lo menos.

Esta vez, el marqués iba á responder, pero no pudo; lo ahogaba el terror tanto como el aguardiente, y la garganta contraída no pudo articular mas que un ronco sonido.

Todos se echaron á reír á carcajadas.

— Mi foca habla mejor, dijo el cicrone de las fieras.

— Ya que no quiere ofrecer una copa, dijo Jacquemin volviéndose hácia los concurrentes, á lo menos que me deje el asiento libre.

— ¡Tienes razon, tienes razon! exclamaron veinte voces á un tiempo; ó que pague una ronda por todos, ó si no que deje el sitio libre.

— ¡Una ronda, una ronda! ¡El sitio, el sitio! ¡Una ronda, una ronda!

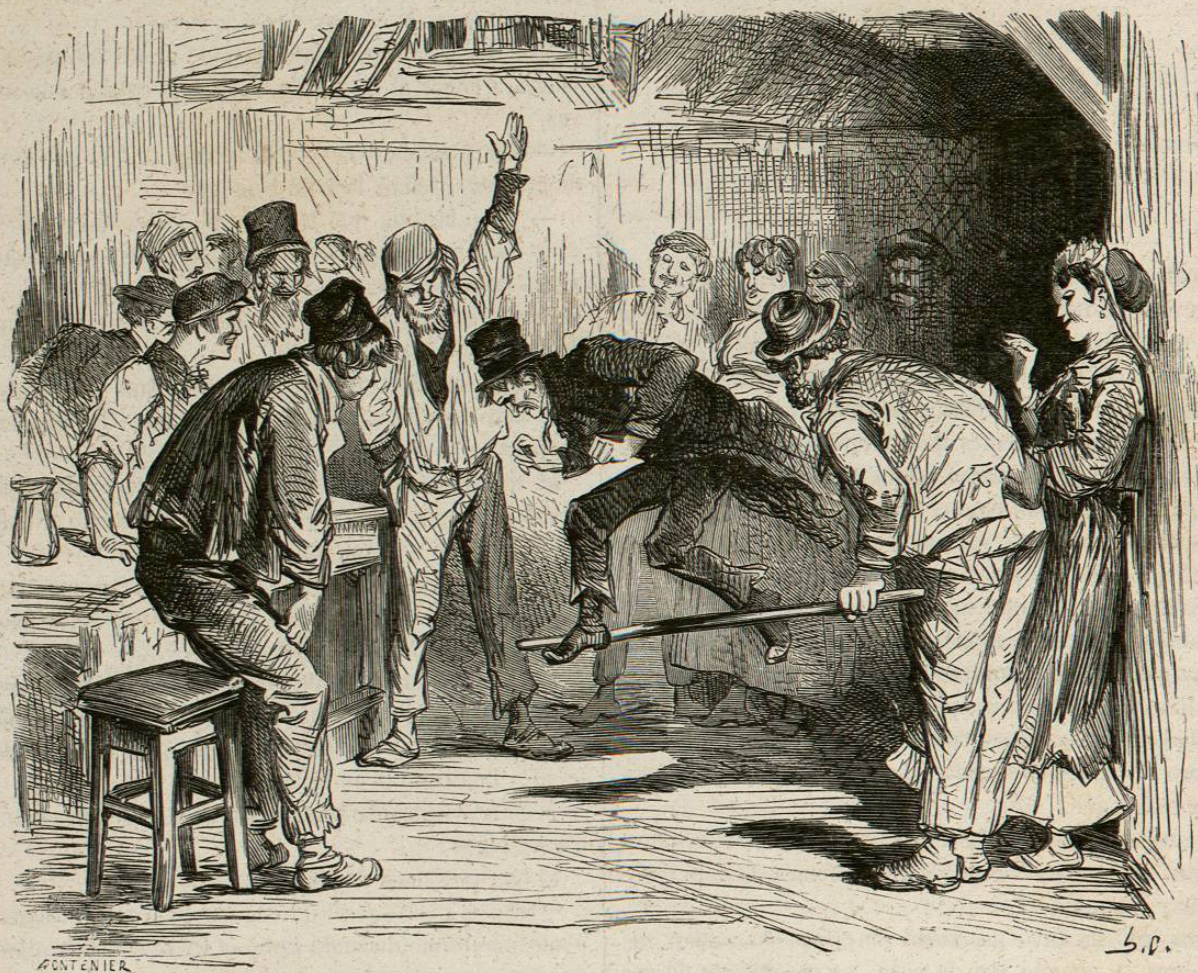
El entusiasmo habia llegado á su apogeo; era una verdadera cencerrada infernal.

El marqués sentía correr el sudor debajo de su peluca.

En frente de él, del otro lado de la mesa, habia un asiento libre.

— Pues ya que tú no quieres pagar nada, continuó Luis, yo soy el que va á convidarte. Pero en esto el honor está comprometido, porque se tiene un poco de amor propio ó no. Es preciso que tú me dejes ese sitio que es el mio, que te pongas aquí en frente de mí, y en seguida trincaremos.

El marqués se levantó tambaleándose, y con una mirada



¡Salta, marqués, salta!

extraviada buscó el modo de poder ir al sitio indicado; las extremidades del banco estaban ocupadas por bebedores medio paralizados ó dormidos; otros estaban tendidos á la larga encima de él ó en el suelo, y embarazaban el camino.

— Vamos, que la dificultad no es tan grande, dijo Jacquemin riéndose con unas risotadas de borracho. Tú eres marqués, ¿no es verdad?... pues bien, entonces, ¡salta, marqués!

Y con el gesto le indicaba que saltase por encima de la mesa.

¡Farsante de Tuerce-Tripas! aquella noche se reía hasta desternillarse los huesos en la *Gota de oro*.

Solo, accurrucado en su rincón, Chinela era el que no reía, y repetía sin cesar:

— Parece que es rico... rico... muy rico.

— ¡Salta, salta, marqués! vociferaba la multitud.

— ¡El saltará; ¡No, no saltará!

El marqués se veía perdido, y aquellas carcajadas llegaban á sus oídos como clamoreos feroces.

Hizo al fin un esfuerzo, y se subió sobre el banco, no sin trabajo.

— ¡Salta, marqués, salta!

Puso un pié sobre la mesa, y luego el otro.

— ¡Salta, marqués, salta!

— ¡Que se vuelva, que se vuelva!

Y amarillo de espanto, se volvió.

En aquel momento daban las doce en el reloj colgado en la pared detrás del enrejado del establecimiento.

Entonces se vió al marqués ponerse aun mas pálido si era posible. Sus antiparras se le cayeron no se sabe cómo, quizás se las arrancó Jacquemin, y con los ojos desmesuradamente abiertos y extendiendo los brazos hácia adelante como para rechazar una vision repentina, se dejó caer sobre la mesa murmurando:

— ¡Ella! ¡ella!... ¡siempre ella!... ¡La estoy viendo siempre!...

Elena se habia puesto en pié y marchaba hácia Jacquemin, esto es hácia el marqués.

Este, sintiéndola acercarsele cada vez mas, encontró de repente una agilidad diabólica, y de un brinco se plantó de pié y se dirigió hácia la puerta.

Pero le cerraban el camino, multiplicándole los obstáculos. ¡Qué lástima que las mesas estuviesen sujetas á la pared!

— ¡Salta, marqués!

Espectáculo grotesco y repugnante al mismo tiempo. Con la frente inyectada de sangre, chorreando de sudor, el viejo saltaba, saltaba sin conseguir el llegar á la puerta y escaparse...

El cicerone de las fieras habia encontrado no se sabe dónde un mango de escoba que colocaba á cierta altura delante del marqués, como se hace con los perros, y el marqués saltaba por encima, mientras que el público gritaba:

— ¡Salta, salta, marqués!

En fin, ya pudo llegar á aquella bienaventurada puerta, y nadando en sudor, lleno de espanto, y espoleado por aquella vision que le venia á perseguir hasta aquel antro inmundo, echó á correr mas que de priesa en medio de la oscuridad de la noche.

Un grupo de los risueños y alegres parroquianos salió tras de él persiguiéndole, y ya se hallaba á bastante distancia, cuando todavia resonaban en sus oídos las risotadas y los gritos que decian:

— ¡Salta, salta marqués!

En aquel grupo se hallaban José, Luis y Elena.

Chinela no estaba tampoco ya en la *Gota de oro*, é iba dando traspies en el lodo y repitiendo entre dientes:

— Es rico... rico... muy rico...

Llevados del primer impulso, José, Luis y Elena persiguieron al principio al marqués, en quien nuestros lectores habrán reconocido ya al baron Matifay; pero en el momento que perdieron de vista el farol rojo de la *Gota de oro*, se pararon de comun acuerdo en la esquina de una calle.

No era al fin y al cabo á Matifay á quien ellos buscaban, sino á Chinela.

Este habia salido de la taberna al mismo tiempo que ellos, no debia estar muy lejos, y era preciso buscarlo.

Luis se orientó en medio de la oscuridad y les dijo:

— Seguidme, porque ó yo me equivoco mucho, ó sino, dentro de diez minutos, le habremos echado el guante.

— ¿Y el coche? preguntó José.

— Ya le he dado yo mis instrucciones á Clemente, y sé en donde lo encontraremos.

— Entonces, dirige la marcha.

Con este permiso, Luis se metió por entre un laberinto de callejuelas y pasajes oscuros y estrechos en los que habia lodo hasta el tobillo.

El camino no era cómodo; pero tenia la ventaja de ser mas corto.

Por dos ó tres veces, Luis se paró á escuchar, y cada vez los tres aventureros nocturnos oian los pasos de alguno que iba dando tropezones y patochando en el lodo.

— Él es, él es, dijo Luis cada vez que se pararon. El miserable miraba al marqués con aire significativo al salir de la taberna, y tenia su navaja abierta en el bolsón de su chaqueta: yo creo que meditaba jugarle alguna mala partida.

Así llegaron á la extremidad de aquel callejón en cuya esquina hemos encontrado en conciliábulo, algunas horas antes, al coronel Fritz y á M. Gigant.

Luis hizo parar á sus dos compañeros, diciéndoles:

— No hay que dar un paso mas, ni hablar una palabra. ¿Veis allí abajo á la entrada de la calle?...

A pesar de que la noche estaba tan oscura como boca de lobo, á fuerza de mirar, José y Elena llegaron á descubrir el bulto de un hombre agazapado contra la pared.

— Es Chinela, les dijo Jacquemin. Ahora, mucha prudencia, y sobre todo, no hacer ningun ruido; yo me voy á buscar á Clemente, y dentro de cinco minutos, estoy aqui de vuelta.

Y con paso rápido, pero tomando sus precauciones, se metió de nuevo por las encrucijadas.

Mientras tanto, el baron Matifay, que no conocia el barrio, habia cogido el camino mas largo: una carrera desesperada lo habia libertado de sus perseguidores; pero á medida que se iba disipando su miedo, la embriaguez volvía otra vez á recuperar sobre él su imperio.

Y con la embriaguez, aquel temor supersticioso que el temor fisico le habia hecho olvidar por un momento.

— ¡Ah! se decia, mientras iba caminando á lo largo de la acera, ¡siempre esa vision! ¡siempre ella!

Durante los primeros dias de embriaguez, habia conseguido verse libre de ella por ese medio; pero ahora, á pesar de la embriaguez, la vision volvía.

Chinela, oculto en la esquina de la pared, estaba aguardando á que pasara, y al oír sus pasos vacilantes que se iban acercando por momentos, pensaba con una alegría feroz y codiciosa:

— Él es, es el marqués. Dicen que es rico, rico, muy rico.

El baron se hallaba ya á diez pasos de distancia de ese enemigo invisible, y preocupado con su eterna pesadilla, repetía:

— ¡Oh! la vision, la vision.

Chinela, con la navaja abierta en la mano, se iba á echar sobre el baron, cuando se oyó resonar en el empedrado de la calle sombría y solitaria el ruido sonoro de un carruaje.

Entonces Chinela vaciló, y esta vacilacion fué la que salvó á Matifay.

Este, que habia pasado, sin verlo, á tres pasos del puñal levantado de Chinela, continuaba andando á tropezones y repitiendo sin cesar:

— ¡La vision!... ¡la vision!...

Chinela iba á lanzarse detrás de él para aprovechar una ocasion favorable, cuando se sintió agarrado por la muñeca por una mano de hierro que le hizo dejar caer el puñal al suelo, mientras que al mismo tiempo otros dos brazos vigorosos le agarraban por la cintura, y otra tercera persona le tapaba la boca con un pañuelo anudado.

El coche, el mismo cuyo ruido acababa de oirse, se habia parado á unos diez pasos, y Chinela fué llevado á él, colocándose á su lado una mujer y un hombre, y en seguida el carruaje echó á andar á escape.

Otro carruaje, una berlina elegante, pero sin escudo de armas, se hallaba parada en la esquina de la calle de Flandes y del bulevar exterior.



Dos brazos vigorosos le agarraban por la cintura.

El baron se dirigió hacia ella tropezando y haciendo con las piernas garabatos.

El lacayo se acercó á él con aire obsequioso, le agarró del brazo y le ayudó á subir al coche.

Apenas entrado en el carruaje, el baron se dejó caer sobre los almohadones y se quedó dormido con aquel sueño pesado y brutal que causa la embriaguez extremada.

El lacayo se subió con ligereza al pescante, y colocándose al lado del cochero, le dijo :

— A casa, M. Lepine, por la puerta falsa que sabeis.

— ¡Eh! Larose, respondió el cochero, me parece que aprenderemos bien el camino si esto dura.

Y cochero y lacayo se echaron á reir de esa manera particular necia é insolente con que suelen hacerlo y es propia y peculiar á los criados de las grandes casas.

El cochero, inclinándose hacia atrás, miró por entre los cristales el interior del coche, y dijo á su compañero :

— Creo, Larose, que el patron, por esta noche, tiene su cuenta arreglada.

— Pues lo mismo sucede los demas dias, Lepine, desde que se ha casado.

— ¡Vaya un casamiento raro!

Y se echaron á reir de nuevo á carcajadas.

— No adivinariais nunca lo que me ha dicho la señorita Betty.

— ¿La doncella inglesa de la señora?

— Me ha dicho...

Y Larose, pegando su boca contra el oido de Lepine, le dijo algunas palabras misteriosas en voz baja.

— ¡Bah!

— Es tal como os lo digo.

Y esta vez fueron tan estrepitosas sus risotadas, que hicieron retremblar los cristales del carruaje.

Ya sabian que el baron no se despertaria por eso.

Matifay habia comenzado ese singular género de vida, tres dias despues de la noche de su boda, y desde entonces no lo habia dejado.

En seguida que acababa de comer, se escapaba de casa, como un estudiantillo que habiendo conseguido atrapar el picaporte de la criada, se sale á correr aventuras, y se hacia conducir á los barrios mas extravagantes.

Y estas correrías venian á terminarse siempre por la de la Villette, de cuyo punto volvía completamente tan borracho como un cuero.

El lacayo Larose estaba encargado de llevarlo á su cuarto, desnudarlo y meterlo en la cama.

Y preciso es confesar que Larose desempeñaba á las mil maravillas las delicadas funciones de que estaba encargado, y que al dia siguiente, el baron no encontraba en sus bolsillos ningun luis que se hubiese quedado allí extraviado.

Mientras que Larose y Lepine se hacian sus mútuas confianzas en el pescante, relativas á su amo, este roncaba como un becerro en el interior del coche.

Los acontecimientos de aquella noche tan agitada se hallaban á gran distancia de su imaginacion, porque se habia extinguido en su cerebro toda la luz de la inteligencia, de la razon y del sentimiento, por la influencia anestésica del alcohol.

Pero al cabo de algunas horas vendrá á sentarse de nuevo á la cabecera de su cama aquel pensamiento fijo, aquella idea-remordimiento que no le abandonaba, y que habia tomado una forma material y visible para perseguirle. Y tan luego como se despertase, la volvería á ver implacable, feroz y vengativa.

Durante todo el dia le seguiría á todas partes : á su despacho, á la Bolsa ; y á la hora de su comida se sentaría con él á la mesa ; y á la de sus placeres se colocaría á su lado y le diría :

— Acuérdate de mí : te prohibo que me olvides.

Y despues por la noche, ¡oh! por la noche se haría aun mas apremiante, mas atormentadora, mas aguda, hasta que llegada la hora, la hora terrible, y siempre la misma, esta idea se materializaria, se haría un cuerpo real, visible á los ojos humanos que, bajo la forma de un espectro amenazador y mudo salido de una tumba lejana, vendría á recordarle su crimen.

XXII

LAROSE Y LEPINE.

Larose y Lepine eran dos grandes amigos, y el hallarse iniciados los dos en los secretos de su amo habia contribuido á estrechar mas su amistad.

Como decia elegantemente el ayuda de cámara, que la echaba un poco de hombre de ingenio : « La Rosa no está sin la Espina. »

Con miss Betty, la doncella inglesa, formaban la aristocracia de la repostería.

La casa del baron Matifay estaba llena de misterios, y sus respectivas funciones con el banquero y su mujer los ponian en el caso de conocer muchos secretos.

Cuando se les preguntaba algo acerca del particular, se encerraban en un silencio lleno de dignidad, como dando á

entender que si no fuesen discretos, podrian decir bastantes cosas.

Y en realidad no sabian una palabra, aparte las correrías nocturnas del baron y ciertos detalles íntimos que habia sorprendido miss Betty.

Detalles á que no hacia alusion la pudibunda inglesa sino poniéndose muy colorada y bajando la vista.

Tan grande como habia sido el ardor é impaciencia que habia manifestado el baron antes de su casamiento, desde la famosa noche de la boda que lo habian encontrado tendido por el suelo y medio muerto á la puerta del cuarto de Cipriana, tan grande y mayor parecia ahora la antipatía que le causaba su mujer.

No era ya solo antipatía, sino hasta repulsion.

Evitaba todas las ocasiones de quedarse solo con ella, y no le dirigía en público sino las palabras indispensables para que la reciproca situacion en que se hallaban no sirviese para la rechifla de las personas que les rodeaban.

Ciertamente esto era bastante extraño para que dejase de picar la curiosidad de Larose y de Lepine, asi como la de miss Betty ; con tanto mas motivo, cuanto que olfateaban que tal vez dependía su suerte del conocimiento de este secreto.

Así es que espiaban con todos sus cinco sentidos, con el ojo avizor y el oido alerta, y todas las mañanas se comunicaban mútuamente sus observaciones, esforzándose en hacer comentarios para deducir una consecuencia lógica que les diese la clave del enigma.

Se habian asociado lealmente para explotarlo en comanda el dia que lo hubiesen encontrado.

Al dia siguiente de aquel en que hemos visto á Matifay escaparse milagrosamente de la celada de Chinela, la campanilla del baron se agitaba con la mayor violencia á eso de las ocho de la mañana.

Larose, que estaba en conciliábulo con Lepine y miss Betty, se apresuró á acudir al llamamiento del baron, diciendo :

— Quizás vamos á saber algo de nuevo.

Cuando el ayuda de cámara entró en el cuarto del baron, este se hallaba sentado en medio de la cama, cuyas ropas estaban hechas un revoltijo, y en su fisonomía podian verse todavia las señales de sus angustias de la víspera y de las pesadillas de su sueño.

— Id á buscar al doctor Ozam, tomad un coche, despachaos y traedlo en seguida.

Luego que salió el criado á cumplir con la orden, el baron volvió á extenderse en su lecho con la tranquila desesperacion de aquellas personas que acaban de tomar una resolucion definitiva.

Hacia ya tres semanas que la primera idea que tenia al despertarse era la de mandar llamar al doctor Ozam, y nunca se habia atrevido.

La confidencia que le tenia que hacer ; era tan delicada !... y como los médicos son algunas veces tan curiosos...

Se hacen explicar los hechos con sus mas minuciosos detalles y tienen la manía de ir siempre al fondo de las cosas.